

—Sí, iré, y al menos, ¡no volveré á ver á Juan!

## XXIV

## Entre hermanas.

Cuando Marieta volvió á entrar en el kiosko, encontró á su hermana con la cabeza apoyada en el mostrador y los ojos medio cerrados, casi en la misma actitud que la había sorprendido el barón Mosés.

Lágrimas amargas caían de sus ojos en sus mejillas pálidas.

La mayor se inclinó sobre ella y la abrazó.

Benedetta se reanimó con aquella caricia.

—Ya ves—dijo Marieta,—no he tardado mucho.

Un momento después, estando Marieta sentada al lado de su hermana, repasando una chambre, vió á Barrousse que se acercaba, llegando de la fragua, negro de humo y chorreando sudor.

A una mirada de inteligencia del herrero, contestó Marieta con otra, y asomándose á la puerta, le dijo en voz baja:

—Ha estado aquí hace un momento.

—Ya lo sé.

—Hay algo de nuevo.

—Bien.

Barrousse entró.

Benedetta estaba siempre en la misma posición.

El herrero la contempló con ojos llenos de ternura y piedad. llenos también de amor, pero de ese amor de abuelo que es quizá el más dulce y más cariñoso de todos los amores.

Apoyando suavemente la mano en su hombro la dijo:

—Qué, ¿no conoces á los amigos?

Benedetta levantó sus magníficos ojos sin responder.

—¡Siempre triste!—prosiguió Barrousse.—¿No llegarás á consolarte?

La joven contestó tan bajo que apenas pudieron oírla:

—No.

Barrousse no insistió.

—Dame un paquetillo de tabaco—dijo.

La joven se lo entregó con sus manos delicadas, y bruscamente estalló en sollozos, diciendo mientras apoyaba su cabeza en el hombro del herrero:

—¡Ay! ¡Barrousse, amigo mio!

—Vamos, consuélate. Es preciso que tengas juicio... ¡Valor, valor!

Y se retiró.

Marieta le acompañó algunos pasos con su labor en la mano.

—¡Ah! el miserable, ¡si le cogiera, le aplastaba entre mis manos!

La joven le dijo rápidamente:

—Espéreme un momento; en seguida voy con usted.

El herrero se retiró tarareando una canción del país; pero interiormente pensaba en lo que le había dicho Marieta:

—¡Hay algo nuevo!

Se iba diciendo:

—¿Cómo se atreverá ese hombre á volver por aquí?

La mañana era hermosa; las flores embalsaban el ambiente.

De las praderas se exhalaba un olor á heno recién cortado, que se extendía por todas partes.

Marieta volvió á su puesto y dijo á su hermana:

—Nos haces sufrir mucho.

Benedetta contestó:

—¡Ah! demasiado lo sé.

—¿Tienes muchas penas?

—Muchas, es verdad.

—Me habías prometido tener valor.

—Trato de ello; ¡pero no puedo!

—Sin embargo, es preciso.

—Así lo pienso, pero es en vano.

—¿Quién ha venido hace un momento?

—¿Qué, lo sabes?...—preguntó Benedetta turbada.

—He visto el coche... ¿Qué viene á hacer aquí? ¡Es demasiada audacia!

Benedetta apoyó sus manos en los hombros de su hermana, y mirándola fijamente, dijo:

—No es audacia... es que yo le he llamado.

—¿Tú?

—Escucha. Es preciso que sepas toda la verdad. No debo tener secretos para ti. Estoy cansada de sufrir y de hacerte desgraciada conmigo. He pensado que no me

queda más que un partido que tomar: el de alejarme.

—¿Eso piensas?

—¿Y qué he de hacer? Todo lo que veo me humilla. Todo lo que oigo me hiere en el fondo del corazón... Y además, dentro de algunos días, cuando le encuentre, no será solo para mortificarme.

—¡Juan!

—Sí, Juan vendrá á Marignac paseando del brazo con su esposa.

—¿Te lo han dicho?—dijo Marieta asombrada.

—¡La casualidad se ha encargado de comunicármela!... Yo no puedo ver ese matrimonio... no lo veré... Estaré muy lejos.

—¿Te marcharás?

—Es preciso.

—¿Adónde irás?

—A la ventura.

—¿Y para qué te has dirigido al barón Mosés?

—¿A quién querías que recurriera?

—¿Y yo? ¿No estoy aquí?

—¿Qué podrías hacer tú?

—Marcharme contigo.

—¡Adónde, gran Dios!—exclamó Benedetta.—Quédate en el país, donde puedes vivir dichosa y querida. ¡No sabes lo que es la miseria odiosa, lo que cuesta ganar un pedazo de pan para vivir! ¡Antes que marchar contigo preferiría tirarme al agua ó estrellarme la cabeza contra una roca,

—¿De manera que consentirás en seguir al barón? ¿Tú misma le has llamado?

—Sí.

—¡Eso está muy mal hecho, Benedetta!

—Sin duda que está muy mal hecho, ya lo sé. ¿Pero qué quieres? Desde que he sabido el matrimonio de Juan, me encuentro desalentada y me acometen extraños anhelos de muerte y olvido. Pierdo la cabeza y no tengo valor para vivir. Me dejo arrastrar por la corriente como esas hojas secas que caen al agua y el viento conduce á su placer.

Cayó abatida sobre una silla y murmuró con voz más débil.

—Pienso que son bien felices los que descansan en tierra sagrada, á la sombra de la iglesia que los vió nacer, y yo quisiera reposar al lado de mis padres... ¡para no levantarme nunca!

—¡Pobre Benedetta!—dijo su hermana.

—Y yo, si me faltas, ¿qué será de mí?

—Tú, sin la carga pesada que soy para tí, encontrarás un hombre honrado que te apreciará en lo que vales... ¡Mientras que á mi lado!... ¿No es casi un crimen tener una hermana deshonrada, perdida?

—¡Calla, por Dios!—dijo Marieta abrazándola.—¡No quiero que nos abandones!

—Ya te lo he dicho. ¡Es necesario!

—¡Júrame que no te marcharás.

—Luego, luego... Déjame reflexionar.

Y al ver que Benedetta se disponía á salir, la mayor dijo:

—¿Dónde vas?

—A la iglesia.

—¿Volverás?

—En seguida.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Cuando quedó sola, Marieta corrió á la fragua y llamó al herrero, que delante del yunque, con los brazos desnudos, martillaba acompasadamente, alternando con su ayudante, sobre una gran masa de hierro calentado al rojo blanco.

En seguida dejó su faena y se acercó á Marieta.

Entonces cambiaron rápidamente estas palabras:

—Ha venido. Yo estaba allí... lo he oído todo.

—¿Qué ha pasado?

—Benedetta está loca con el matrimonio de Juan.

—Rabastoul me lo ha dicho.

—Ha escrito al barón.

—¿Sí?

—Y consiente en seguirle.

—¿De modo que se marchará?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—El barón la espera en el camino de Luchón. En los álamos de Gaud.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Es seguro?

—Seguro.

—En seguida lo sabrá Pedro.

—¿Va usted á verle?

—Está en la fragua.

—¡Qué imprudencia!

—No tiene miedo.

Marieta se volvió al pabellón.

Trascurrió media hora.

Sonó el *Angelus* del mediodía en la campana de Marignac, y Marieta buscó en vano á Benedetta, que no volvía.

En aquel momento un jinete llegó con el caballo sudoroso y echó pie á tierra.

Aquel jinete llevaba el traje de los guías de Luchón.

Era Juan Dantenac.

## XXV

### La muerte de un ángel.

El antiguo prometido de Benedetta experimentaba cierto temor al presentarse en aquel sitio donde no había estado desde que volvió de París.

Tenía una actitud contrita y humilde que no fué bastante para desarmar á la mayor de las Soubére.

—¿Eres tú, Juan?—dijo con voz seca.

—Sí, yo soy—respondió él, bajando la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Ver á Benedetta.

—¿Para qué?

—Para pedirle perdón.

—¿De tu comportamiento con ella?

—Y de mi injusticia.

—Es demasiado tarde.

—¿Por qué dices eso, Marieta?

—Porque la has lastimado cruelmente, y hay heridas que no se curan nunca.

Juan Dantenac estaba en la puerta del pabellón.

Avanzó algunos pasos y prosiguió en el mismo tono suplicante :

—Estás incomodada, Marieta, y tienes razón... He sido injusto y cruel; pero las apariencias me engañaban...

—¿Y ahora?

—Ahora—añadió bajando la voz,—lo sé todo,.. He visto á Pedro.

—¡Ah!—dijo Marieta sorprendida.

El guía continuó :

—Le he visto ayer, ó, mejor dicho, esta noche.

—¿Dónde?

—En casa de Miguel.

—¿Estábais solos?

—Con Luis, que ha venido de Argelia.

Una amarga sonrisa crispó los labios de la joven.

—¡Ha venido para tu boda, sin duda!

Juan Dantenac se animó.

—Te suplico Marieta—dijo—que tengas lástima de mí. No me hables de ese matrimonio que me es odioso. No se hará. Luis venía, en efecto, por esa razón y por otras.

—¿Otras?

—Sí; estaba inquieto por no saber el paradero de Pedro.

—¿Estaba enterado de lo sucedido?

—Sabía únicamente que Pedro no parecía.

—¿Cómo?

—Por las cartas que le escribió Barrousse.

—¿Y entonces vino?

—En seguida.

Marieta pensaba:

—Están todos reunidos con Pedro. ¿Para qué?

Comprendió confusamente el plan del mayor de los Dantenac; pero temerosa de cometer alguna imprudencia, no quiso preguntar nada de esto, y dijo, volviendo á su hermana:

—¿De manera que por fin crees en la inocencia de esa pobre Benedetta?

—Sí creo, y nunca me perdonaré el haber dudado de ella. ¡Cuando me acuerdo de su padecimiento, siento odio profundo por los demás y por mí mismo. Lo hubiera debido adivinar. ¡Benedetta es la misma virtud! ¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¿No quieres decírmelo! ¿Qué temes?

—Lo temo todo por ella. Las menores emociones pueden serla funestas.

—Me arrojaré á sus pies... la suplicaré que me perdone.

—Espera... Su razón no está muy segura. Una inmensa alegría la será tan perjudicial como un gran dolor...

Marieta vacilaba entre el temor de entorpecer los proyectos de Pedro Dantenac y el deseo de ofrecer á su hermana el

consuelo de ver á su antiguo prometido lleno de arrepentimiento.

No pudo resistir el ardor de las súplicas de Juan.

—Pues bien—le dijo,—ven conmigo y la buscaremos juntos. No debe estar muy lejos.

Suplicó á una vecina complaciente que tuviera cuidado del despacho y se dirigió á la iglesia con Juan Dantenac.

El guía estaba muy emocionado, pensando que iba á ver á la que había sido su constante pensamiento. La iglesia de Marignac estaba al lado de un sencillo cementerio, donde reposaban tranquilamente los muertos rodeados de una santa paz.

Las tumbas de mármol se destacaban rodeadas de hierba esmaltada de margaritas.

—Mira—dijo Marieta señalando á Dantenac la hierba aplastada al lado de la tumba del capitán.—Aquí ha estado hace un momento.

Benedetta había estado arrodillada, en efecto.

La huella de sus rodillas estaba marcada en el suelo.

De pronto, Marieta se estremeció convulsivamente.

—Mira—dijo á su compañero señalándole la cruz de mármol sobre la que estaban grabados los nombres de sus padres.

Juan Dantenac se inclinó.

Por debajo de las últimas palabras de

la inscripción se leían estas otras escritas con lápiz:

«¡Hasta muy pronto!»

—Es la letra de Benedetta—dijo su hermana.—¿Dónde está?

Sin esperar la respuesta se lanzó como una loca en dirección de la pequeña casa de Astos.

Cuando llegó, sofocada, jadeante, la primera persona que encontró fué su tía.

La anciana señora, muy quebrantada, menos por los años que por las desgracias, se ocupaba en arreglar el jardín.

Al ver á su sobrina asustada, se incorporó vivamente.

—¿Qué te pasa?—exclamó.

—¿Dónde está Benedetta?

—No sé donde... aquí cerca sin duda...

Por allí se ha ido hace un momento—dijo señalando unos árboles.

—¿Qué la ha dicho á usted?

--Nada.

Y de pronto, asaltada por un recuerdo, la hermana del capitán se estremeció á su vez.

—Espera—dijo presa ya de verdadero espanto—ya me acuerdo. ¡Me ha abrazado como si se despidiera de mí!

Marie'ía lanzó un gemido y volvió á salir corriendo hacia la pradera.

Juan Dantenac se la había adelantado.

En una gran extensión, en las orillas del río, no se veía á nadie.

El Garona es ancho y rápido en aquel sitio. Sauces y álamos dan sombra á su

lecho poco profundo en general, en el que por muchos sitios asoman grandes rocas, en las que el agua se estrella rugiendo.

Un presentimiento animaba á Juan y Marieta á seguir avanzando.

No tenían necesidad de comunicarse sus temores.

Exploraban las orillas del río por todas partes, temiendo á cada instante encontrar un cadáver.

Pero el guía examinaba todo cuidadosamente y no encontraba nada.

Entonces se detuvo esperando á Marieta.

La esperanza iba renaciendo en el alma de la joven, cuando de pronto tuvo una idea y murmuró:

—¡El Hondón!

Así llamaban en el país al sitio en que la Pique se precipita en el Garona, desde una altura de algunos metros, donde se ha formado una excavación profunda, en que el agua hierve y se agita furiosamente.

Es una especie de abismo profundo del que nadie conoce el fondo.

La leyenda aseguraba que nunca más parecían los que caían en aquella sima.

Juan Dantenac y Marieta fueron corriendo.

Al llegar á la orilla, la joven lanzó un grito desgarrador.

—¡Aquí!—dijo—¡aquí está!

Acababa de distinguir entre unos juncos, muy cerca del agua, el sombrero de

paja ordinaria que solía usar Benedetta.

En el sombrero había una carta, en la que á primera vista se leía:

«Para mi querida hermana.»

Marieta la abrió y no leyó más que las primeras palabras:

«Voy á morir.»

Ya el guía se quitaba sus vestidos y los dejaba en el suelo.

En algunos segundos estuvo dispuesto, y se lanzó resueltamente al agua.

Marieta, trastornada, no tuvo voluntad ni pensamiento de detenerle.

Permaneció á la orilla del abismo, atontada, con el cuerpo inclinado, examinando, con mirada llena de espanto, el agua verdosa que hervía y en cuya superficie sólo se veían aparecer algunas ondas que se agrandaban hasta perderse en las orillas.

Nada aparecía, ni el salvador ni la inocente víctima, por quien arriesgaba la vida.

Una horrible angustia oprimía el pecho de la joven.

Sin embargo, al cabo de un instante, largo como un siglo, se vió una especie de remolino en medio de las aguas, y apareció una cabeza con los cabellos negros pegados á las sienes, y una cara lívida, alterada por el espanto.

Era Juan Dantenac.

Estaba solo.

Hizo un esfuerzo poderoso, y sujetándose un momento á las hierbas de la ori-

lla, se detuvo un momento para respirar y cobrar fuerzas.

—Tenías razón, Marieta—dijo con voz entrecortada de sollozos.—¡Aquí está!... Pero no sé qué poderosa fuerza la sujeta. Voy á volver... ¡Quiero salvarla, ó morir con ella!

Sus ojos magníficos, ojos de valiente, lanzaron á la joven un supremo adiós, y haciéndose en el pecho la señal de la cruz volvió á hundirse de cabeza en el abismo.

Marieta había caído de rodillas.

En una ardiente plegaria imploraba á Dios la salvación de aquellos dos seres, jóvenes, leales y buenos que la fatalidad había separado.

Dios no debía escucharla.

La muerte los iba á reunir.

Pasaron algunos minutos.

El agua corría con murmullo uniforme entre las dos orillas del río.

La pradera seguía desierta y silenciosa.

Cuando Marieta, desesperada y anhelante, se atrevió á moverse y mirar á su alrededor, distinguió á su tia que se acercaba acompañada de Barrousse.

Les llamó con un signo.

En pocas palabras, el herrero lo comprendió todo.

Corrió á la fragua para volver á los pocos instantes.

Un sol de estío resplandecía, abrasando con sus rayos de fuego aquella escena siniestra.

Barrousse ató una cuerda al pie de un árbol, se la sujetó luego por la cintura, lanzándose decidido al fondo de la sima.

Cuando volvió, conducía dos cadáveres estrechamente enlazados.

El cuerpo de Benedetta, rodeado aun de las hierbas que le habían sujetado, tenía en la mano derecha un puñado de raíces á las que se había agarrado desesperadamente.

Juan Dantenac había tratado inútilmente de romper aquellos lazos mortales, y al no poder dar la vida á su amada, había muerto con ella.

## XXVI

### Pesadilla.

En los jardines del Casino de Luchón, una multitud formada por tipos de todas las procedencias, rodeaba el kiosko japonés donde los músicos tocaban una fantasía sobre temas de *Carmen*.

Todo lo que había en Luchón de riqueza y elegancia, de turistas en busca de placeres y de jóvenes dudosas en busca de aventuras, estaba allí.

Se murmuraba al compás de la célebre habanera.

Se hablaba de política, tarareando la canción del *Toreador*.

La hermosa fachada de mármol del Casino, presidía aquella fiesta nocturna, cortando con sus puras líneas la obscuri-

dad del cielo, sumergido en profundas tinieblas.

Jacobo Mosés y su amigo Causstedé estaban sentados á alguna distancia del kiosko, ante un velador sobre el que había dos grandes vasos, una ponchera y una botella que contenía un licor rojo.

Aquel licor era sherry.

Jacobo Mosés, cansado del viaje de Burdeos á Luchón, y de la excursión que aquel mismo día había hecho al valle de Lis, para subir á una salvaje elevación desde la que se dominaba un abismo siniestro, estaba medio dormido, deseando retirarse, y displicentemente murmuraba frases de este género:

—¿Por qué demonio habremos venido á este pueblacho? Nos aburriremos soberanamente.

O esto otro:

—Vaya una ocurrencia la de ir á ese valle de Lis, que no tiene nada de particular... ¡Subir por un sendero de cabras para encontrarse luego con una cascada ridícula! Es curioso. ¡Que el agua cae de lo alto! Lo que sería extraño es que subiera. ¡Que el diablo me lleve si vuelvo á poner los pies allí!

Mientras tanto, el bearnés, aprovechando un momento en que su compañero le volvía la espalda, sacudió en su vaso un papel que contenía unos polvos blancos.

Aquello no produjo en el sherry más que una casi imperceptible ebullición, que se disipó en un segundo.